

dos en la introducción ¿Cómo se articula el resto de la obra? De los tres volúmenes, el tercero está dedicado a una reseña histórica de las distintas universidades italianas, tanto las históricas como las surgidas en los últimos años. En total son 77 ordenadas cronológicamente según la fecha de constitución, la primera Bolonia, la última Foggia. El interés por ellas es por tanto, desde el punto de vista histórico, muy desigual y ello se aprecia en el número de páginas que se le dedican. El resultado es un útil directorio histórico con referencia a la bibliografía esencial de cada centro.

Los otros dos forman una unidad en sí y en ellos, en sus más de mil páginas, se ofrece una interesante estructura que intenta cómo la universidad nació en Italia y se ha desarrollado hasta nuestros días. Se comienza con un recorrido cronológico del surgimiento de los distintos centros en el que se individualizan algunos argumentos: las primeras universidades (Carlo Dolcini), los siglos XIV y XV (Paolo Nardi), la alta edad moderna (Pietro Del Negro), otras instituciones de enseñanza entre los siglos XII y XVI (Daniela Novarese), la baja edad moderna (Emanuela Verzella), la primera mitad del XIX (Alessandra Ferraresi), las rentas en el antiguo régimen (Andrea Romano), el reino de Italia (Floriana Colao, Ilaria Porciani, Mauro Moretti), el fascismo (Elisa Signori), la república (Francesco Bonini), el acceso al cuerpo docente en la universidad contemporánea (Giuseppina Fois).

El otro volumen profundiza en una serie de aspectos: los maestros (Andrea Zannini), los estudiantes (Sante Bortolami), la enseñanza de la filosofía (Luca Bianchi), la enseñanza de la ciencia (Luigi Pepe), la enseñanza de la medicina (Chiara Crisciani, Daniela Mugnai Carrara), la enseñanza del derecho (Ennio Cortese, Italo Birocchi), las facultades en la edad contemporánea (Aldo Sandulli), colegio de doctores y colegios profesionales (Elena Brambilla), universidad y colegios (Gian Paolo Brizzi), los libros, las bibliotecas y otras instituciones para el aprendizaje (Antonello Mat-

tone, Tiziana Olivari), el contexto europeo (Jacques Verger).

En el verano de 2004 pude ver en la sede boloñesa del Cisui las pruebas de algunos estudios y conversar con Gian Paolo Brizzi sobre la importancia de esta obra. Su posterior lectura no ha hecho más que acrecentar aquellas impresiones. Su excelente edición e ilustración, así como los distintos índices son un valor añadido que hablan del empeño y enorme trabajo realizado por los editores.

*Manuel Martínez Neira*

Maria Filippi (ed.), *Laboratori del sapere. Università e riviste nella Torino del Novecento*, Il Mulino, Bologna 2007, 199 pp.

Las grandes revistas italianas dedicadas a las ciencias humanas –nos cuenta Pietro Rossinacieron tras la construcción del Estado unitario, es decir, más tarde que las francesas, inglesas y alemanas. En su origen estaban marcadas por tres características: compartían el método del positivismo, se presentaban como revistas nacionales, estaban vinculadas al mundo universitario. Sólo esta tercera sobrevivió a los grandes cambios que la primera guerra mundial provocó en la sociedad europea. Por un lado, la crisis del positivismo y la eclosión del idealismo se reflejaron en estas publicaciones. Por otro, aparecieron nuevas revistas en respuesta al desarrollo de la articulación de las disciplinas y a las orientaciones de las distintas escuelas universitarias. Las revistas ya no podían ser expresión de una ciencia nacional sino, a la vez, portavoces y catalizadoras de estas escuelas.

El vínculo universidad-revista, sin embargo, fue reforzándose. Desde los inicios, estas revistas fueron expresión de la universidad italiana, de su esfuerzo por adecuarse a los métodos modernos de investigación cien-

tífica, acoger los resultados y entrar a formar parte de un circuito europeo. Se convirtieron así en laboratorios de la ciencia, en lugares donde los jóvenes estudiosos exponían el resultado de sus trabajos y discutían el resultado de las otras escuelas.

Para debatir y reflexionar sobre el significado de estas publicaciones y sobre su evolución a lo largo del siglo XX, en septiembre de 2006 se desarrolló un congreso sobre la cultura humanista en Turín y sus revistas. En las actas publicadas ahora se dedican estudios a las revistas históricas (Edoardo Tortarolo), filosóficas (Massimo Ferrari), jurídicas (Mario Dogliani), económicas (Roberto Marchionatti), sociopolíticas (Paolo Ceri), orientalistas (Fabrizio A. Pennacchietti), de filología clásica (Enrico V. Maltese) y moderna (Enrico Mattiada).

La publicación aparece en un momento delicado para la investigación en el área de las humanidades, un momento de crisis en el que las viejas estructuras están siendo demolidas sin que se sepa bien con qué se sustituirán. Estos cambios afectan también a las revistas científicas que se esfuerzan por adaptarse a un contexto distinto. No sólo desde el punto de vista técnico (la edición electrónica) o de imperialismo cultural (la dominación anglosajona), también en sus contenidos: si estas nacieron para confirmar una cultura nacional, hoy recorren el camino de la internacionalización y de los estudios comparados.

*Manuel Martínez Neira*

Livia Giacardi (ed), *Francesco Faà di Bruno. Ricerca Scientifica, Insegnamento e Divulgazione*, Deputazione Subalpina di Storia Patria, Torino-Palazzo Carignano, 2004.

Este volumen es un extenso y riguroso tratado que analiza el trinomio ciencia-fe-divulga-

ción en el que se desarrolló la vida y obra del polifacético matemático Francesco Faà di Bruno (Alessandria, Piemonte, Italia, 1825 – Torino, Italia, 1888), ligado durante 30 años a la docencia de las Matemáticas en la Universidad de Torino. Este período de la segunda mitad del siglo XIX está considerado como la *edad de oro* de dicha institución.

Hijo de una familia de la nobleza piemontesa, Faà di Bruno, comenzó su instrucción militar a los 16 años, siendo asignado a estudios geográficos y a la realización de cartografía una vez que fue promocionado a oficial. En 1849 y habiendo obtenido el rango de Capitán del Estado Mayor, decidió, sin embargo, abandonar su carrera militar y dedicarse al estudio de las matemáticas por lo que se trasladó a París iniciando sus estudios en La Sorbonne. Realizó dos estancias: entre 1849 y 1851 y entre 1854 y 1856, las cuales le permitieron entrar en contacto con científicos de la talla de Augustin Louis Cauchy, Charles Hermite o Urbain Le Verrier. Estos fueron, sin duda, los periodos más fructíferos de su actividad científica y el motor de su posterior producción matemática, periodos que culminaron con la obtención de su doctorado en 1856 con una doble tesis en matemáticas, *Théorie de l'Élimination*, y en astronomía, *Développement de la fonction perturbatrice et des cordonnées d'une planète dans son mouvement elliptique*. Tras su graduación, volvió a la Universidad de Torino siendo promocionado a la cátedra de Análisis Avanzado en 1876, año en el que se publicó su *Théorie des Formes Binaires*, que aunque sigue siendo considerada como una de sus contribuciones matemáticas más relevantes, no fue ampliamente reconocida hasta 1881 gracias a la versión en alemán que publicó Max Noether. Su natural faceta filantrópica fue tomando forma tras su regreso a Torino al entrar en contacto con el sacerdote católico y pedagogo Giovanni Bosco. Durante el resto de su vida compaginó su dedicación a las matemáticas con sus actividades de caridad, llegando a fundar la orden religiosa Suore Minime di Nostra Signora del